

en mayo de 1810. A partir de ahí disecciona los pactos y conflictos a través de los cuales se siguieron otras fórmulas de gobierno, los triunviratos y el Directorio, hasta llegar a lo que supuso el Congreso de Tucumán de 1816 en el que caudillos regionales firmaron el Acta de Independencia. Lo que vino después fue una etapa de tumultos marcada por el enfrentamiento entre unitarios y federales que el Congreso de Tucumán no había resuelto. Y así Argentina fue durante décadas un país carente de un gobierno nacional, en que los caudillos, entre los que como no podía ser de otra manera, destaca a Rosas cuya actitud expansiva se topó con la reacción de los poderes regionales que le derrotaron en 1852. Comenzaba la historia de la Argentina moderna, la del crecimiento exportador, el ferrocarril, la inmigración, y la expansión de la frontera. Y la de la Constitución liberal federal de 1853 que fue el referente de gobiernos de aspiración nacional y que desde Mitre y Sarmiento hasta Irigoyen pusieron los pivotes de la república contemporánea.

A modo de balance subrayar que los autores inciden en la dimensión de control y coacción del Estado, más que en su vertiente articuladora de instancias y agentes sociales. Garavaglia entiende el Estado como un entramado de control de unos pocos sobre muchos y la Nación como un juego de representaciones y símbolos a través de los cuales también es posible el ejercicio del poder. Para Landavazo es un sistema de relaciones de dominación, conflicto y negociación. Urrego considera que fueron los Estados los que propiciaron la creación de naciones. Delgado y Sánchez Andrés señalan la influencia de la inserción en el sistema internacional y de la intervención de las potencias en la consolidación de la identidad de los estados-nación. Según Langue los estados no siempre llegaron a ser naciones, su constitución antecedió a la formación de las naciones porque la afirmación de la conciencia y de la identidad nacional siguen un proceso lento, limitado al comienzo a las elites criollas preocupadas por la conservación de un orden social y económico.

Cabe destacar entre los saldos positivos de la monografía la preocupación de los autores por ofrecer un eje de interpretación desde una apuesta metodológica e historiográfica a partir de la cual plantean y desarrollan sus trabajos, y también la elaboración de una muy útil bibliografía seleccionada que comentan desde la madurez y el conocimiento de los temas tratados.

Ascensión MARTÍNEZ RIAZA
Universidad Complutense de Madrid

GIRAUDO, Laura: *Anular las distancias. Los gobiernos posrevolucionarios en México y la transformación cultural de indios y campesinos*. Madrid. 2008. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. 382 pp.

En el prólogo de este libro, Marcello Carmagnani destaca la relevancia de las fuentes utilizadas por la autora, especialmente las inéditas. También alude a la relación de los acontecimientos mexicanos que se narran en esta obra con los que suceden en otros lugares de América Latina y de Europa durante el mismo período. “Anular las distancias”, o más concretamente “anular la distancia evolutiva que los

separa de la época contemporánea”, como explica Laura Giraudó en la introducción, es una frase recurrente en el México posrevolucionario que simboliza el problema de la integración nacional de los indígenas, una cuestión nuclear en el Estado que se pretende construir. Afirma la autora que el libro está estructurado conforme a la percepción de la distancia entre el México de las ciudades, moderno y civilizado, y el del campo, tradicional e indígena, a la medición de esta distancia y a los intentos de terminar con ella.

El primer capítulo, “La cuestión de una época: educación, alfabetización y regeneración nacional”, muestra que la integración nacional, concebida como problema, no fue exclusiva de México, sino que constituyó un rasgo característico de las primeras décadas del siglo XX en América Latina y en Europa. Además, en este apartado se establecen las similitudes y diferencias entre ambas regiones. La educación, y dentro de ella la alfabetización, fue uno de los medios que se emplearon para resolver este problema en todos los lugares mencionados. Otra cuestión común a Europa y América fue la vigencia de las teorías sobre la raza y, como derivación, la eugenesia. Como consecuencia de ello resultó natural en estos años dividir a las poblaciones nacionales en función de sus caracteres raciales. También el indigenismo fue común a toda América Latina, región en la que la cuestión indígena tuvo una importancia central en la época. La corriente indigenista, entendida como conjunto de políticas tendentes al mestizaje de la población nacional, representó, según Laura Giraudó, una de las principales formas de nacionalismo en Latinoamérica, al pretender la creación de una “verdadera identidad nacional” a través de la integración. Por último, se analiza el cambio que se produjo en estos años en la región latinoamericana con el paso de la imitación de un modelo europeo de nación a la creación de un modelo latinoamericano propio y concretamente mexicano.

El segundo capítulo, “El contexto: transformaciones culturales en el México posrevolucionario”, aborda el marco histórico de la época inmediatamente posterior a la Revolución mexicana, y la idea que de ella se fraguó como punto de inicio de una nueva sociedad. Esto se planteó especialmente, aunque no sólo, por parte de los artistas, políticos e intelectuales mexicanos. Como afirma Giraudó, “para muchos observadores extranjeros, México representó un lugar de experimentos sociales, esperanzas de cambio y vitalidad cultural sin precedentes”. Buena parte de la atención de intelectuales, artistas y observadores extranjeros fue atraída por la gran variedad de culturas indígenas del país. Se estaba diseñando una nueva nación, en la que el arte constituía un elemento de suma relevancia. Dos de las principales medidas que se emplearon para la construcción de la mencionada nación fueron la “revolución agraria” y el “renacimiento cultural”. La educación rural, llevada a cabo por la Secretaría de Educación Pública y materializada a través de las “escuelas rurales” y las “misiones culturales”, significó una parte importante de todo ello. La nación en construcción se legitimó a sí misma a través de fiestas patrias como la conmemoración del 20 de noviembre.

El tercer capítulo, “Definir a los mexicanos: categorías y experimentos entre raza y cultura”, refleja algunos de los debates terminológicos del México posrevolucionario, como el que tuvo lugar en torno a los términos raza y cultura; el que se centró en la heterogénea población mexicana, especialmente la población rural y analfabeta

que los gobiernos revolucionarios pretendieron transformar; y el producido sobre de la “cuestión indígena”, en el que se incluyeron las discusiones acerca de los criterios censales para definir a los indígenas y las diferencias entre éstos y los campesinos, nunca demasiado claras. Laura Giraud pone como ejemplo de todos estos debates las categorías aplicadas en la Casa del Estudiante Indígena, que constituye un laboratorio de las políticas de integración estatales, aunque en esta instancia las contradicciones de la práctica frente a la política oficial fueron evidentes.

El cuarto capítulo, “Del centro a la periferia: la acción en el territorio”, se ocupa de la acción de la Secretaría de Educación Pública en el territorio mexicano. Se describe en este apartado el proceso de “federalización”, o de formación de un sistema nacional de educación, procedente del Porfiriato, y la creación de escuelas rurales federales. La acción de la Secretaría de Educación Pública fue concebida como una “conquista del territorio”, con las difíciles fronteras territoriales y lingüísticas a superar. De nuevo se vuelve a los debates terminológicos abordados en capítulos anteriores, al narrar la acción de los inspectores rurales federales que debían enviar informes al Departamento de Escuelas Rurales. Estos informes no sólo se referían a la cuestión educativa, sino también a otras más generales, como la diferenciación entre indígenas y mestizos, y las implicaciones raciales de las mismas.

En el capítulo quinto, “El Estado federal y las comunidades rurales entre normas generales e interpretaciones locales”, se analizan casos específicos respecto a lo tratado en el resto del libro. Concretamente se muestra de qué modo se produjo la implantación de las escuelas rurales federales en los estados mexicanos, poniendo especial énfasis en el papel desempeñado por los habitantes de los pueblos, las autoridades locales y en la interacción entre los representantes federales y las comunidades en la implementación del proyecto de la Secretaría de Educación Pública.

Por último, el sexto capítulo, “Mediadores culturales: los indios convertidos en maestros”, resalta la importancia de los indios de la Casa del Estudiante Indígena como maestros rurales y, por tanto, como mediadores entre las autoridades federales y las comunidades indígenas. La misión de estos maestros fue “civilizadora”, de “acortar distancias”, aunque para ello se impidió su arraigo, tanto en sus comunidades de origen como en las que les fueron encomendadas.

En las conclusiones de *Anular las distancias* se destaca la siguiente idea: “la Revolución no representaba solamente un discurso elaborado por los gobiernos y los intelectuales en la capital federal, ya que los habitantes de las comunidades rurales supieron apropiarse del lenguaje de la Secretaría de Educación Pública y de la retórica que los gobiernos posrevolucionarios habían construido sobre el tema de la instrucción popular, de la ciudadanía y de la pertenencia a la comunidad nacional”. Por tanto, una de las principales aportaciones del libro consiste en contrastar el análisis del contenido del discurso nacionalista revolucionario con el análisis de su aplicación en casos concretos. Todo ello sin olvidar la enriquecedora y poco frecuente comparación de la situación mexicana con la de otros lugares.

Eva SANZ JARA
Universidad de Alcalá